fueron doctrinados con mucho cuidado, aunque andando el tiempo se ovieron de dejar aquellos conventos á clérigos, por falta muy grande que ovo en aquellos tiempos de religiosos. Finalmente, el siervo de Dios Jacinto, despojado de todos los bienes de la tierra, tomó el hábito de religion en S. Francisco de México, y no para el coro (aunque sabia bien leer y escribir), mas para lego. Y despues de profeso sirvió en aquel convento de portero muchos años con grandísimo ejemplo y edificacion de toda aquella ciudad, que lo tenia en mucha estima y veneracion. Desde el principio de su conversion hasta lo último de su vida, resplandeció en él todo género de virtud y santidad. Andaba de contino como extático y arrobado en Dios, por donde muchas veces hacia falta en los cumplimientos exteriores que eran á su cargo. Y puesto de propósito en la oracion, era tanta la vehemencia con que su espíritu se allegaba á Dios, que las mas veces quedaba elevado y absorto fuera de sí, como hombre sin sentido. Y á las veces rompia este fervor en voces que daba sin saber lo que se hacia, como hombre ajeno de los sentidos. Tuvo ferviente celo de la salvacion de las almas, con el cual á todos amonestaba la guarda de la ley de Dios. Y cuando veia mancebos solteros españoles, considerando el peligro de aquella edad, compadecíase de ellos, y deseaba (si fuera posible) que todos entraran en religion, y á los que podia se lo persuadia, porque se libraran de los peligros del mundo en que él se habia visto. Tambien procuraba por los indios todo lo posible porque les diesen ministros y tuviesen doctrina. Y creciendo en él cada dia mas el fervor de la caridad, pareciéndole al cabo de su vejez que se le habia pasado la vida sin aprovechar al prójimo, pidió licencia á sus prelados para ir á ayudar á convertir los indios chichimecos en la frontera de los zacatecas. Concedida la licencia, fué en compañía de Fr. Pedro de Espinareda, gran religioso y siervo de Dios, de la provincia
1560. de Santiago, y de otros sacerdotes, el año de mil y quinientos y sesenta, y en poco tiempo pacificaron aquella tierra por mas de cincuenta leguas, y hicieron poblaciones de aquella gente alarbe, que agora están en policía y cristiandad. Ayudó mucho el siervo de Dios Fr. Jacinto y con mucha fidelidad en esta conquista de ánimas por espacio de cinco ó seis años. Cuando llegaron de nuevo adonde despues edificaron la villa que agora está poblada, llamada del Nombre de Dios, era una tarde y dia de ayuno, y llegaron fatigados de hambre, porque aquel dia no habian comido bocado, y como iban á pié y bien cansados, echáronse á descansar en el suelo, arri-

mados los unos á los otros por causa del frio (que lo hace muy grande en aquella tierra), y un indio que iba con ellos se allegó á un arroyo que pasa junto á la villa, y halló en la ribera de él doce peces grandes muy hermosos, que en esta tierra se llaman bagres y son como los barbos de España, y llevólos á aquellos santos religiosos, á los cuales con ellos la divina Providencia quiso proveer en aquella necesidad, y así, como dón enviado de tan larga mano, lo recibieron con mucha consolacion de su espíritu, dándole por él muchas gracias. Despues entendieron mas claro haber sido aquella provision milagrosa que Nuestro Señor quiso hacer por los méritos de su siervo Fr. Jacinto, porque desde entonces acá, nunca en aquel arroyo se ha hallado tal pescado. Quince dias antes de su fallecimiento, estando bueno y sano, no cesaba de cantar como otro cisne con los indios mozuelos nuevos cristianos, y provocaba á su mesmo guardian á que cantase con él, y decíale que le comunicaba Dios cosas nuevas que nunca hasta entonces se las habia comunicado. Al cabo de estos dias, saliendo al patio fuera de la casilla donde moraban, le mordió una araña negra bien pequeña. Visto por el santo varon que su muerte se le acercaba, confesóse generalmente con el dicho guardian, el cual afirmó despues (para gloria de Nuestro Señor) no haber hallado en este su siervo que pecase mortalmente despues que entró en la religion. Recibió todos los santos sacramentos con mucho espíritu y devocion. Y encomendando al Señor la fe y cristiandad de los indios, pasó de esta vida á la eterna año de mil y quinientos y sesenta y seis. Enterraron su cuerpo 1566.
debajo del dormitorio (que entonces servia de iglesia), y trasladándolo al cabo de un año á la iglesia nueva que se acababa de hacer, lo hallaron todo entero, tan solo el hábito gastado. Algunos afirmaron que olia suavemente. Está enterrado en la villa del Nombre de Dios, en medio de la capilla, con sepultura señalada. Es muy grande la memoria que de este santo religioso tienen los españoles de México que le alcanzaron á conocer.

CAPÍTULO XLVI.

De Fr. Juan Fucher y Fr. Antonio de Huete.

Vida de Fr. Juan Fucher.

Fr. Juan Fucher, de nacion frances, vino de la provincia de Aquitania á esta tierra, algunos años despues que fué descubierta de nuestra nacion española. Era en Paris doctor en leyes antes que

tomase el hábito; despues en él, estudió la santa teología y sacros cánones, y en todas tres facultades fué consumatísimo letrado. Parece que lo proveyó y trajo Nuestro Señor á esta tierra en aquellos tiempos para luz de esta nueva Iglesia, como lo fué en mas de cuarenta años que en ella vivió, mayormente en los principios, antes de la promulgacion del santo concilio Tridentino. Porque como en aquel tiempo los matrimonios clandestinos eran válidos, y se casaban de ordinario grandísima cantidad de indios nuevos cristianos, ofrecíanse por momentos gravísimas dificultades, que fuera menester la consulta de una universidad para desatarlas, con todas las cuales se acudia de trescientas leguas alrededor de México á solo el decreto de este doctísimo y santo varon para la declaracion de ellas, y á todas respondia por escrito con admirable claridad la resolucion de ellas. Y no solamente le preguntaban cerca de este artículo, sino de todos los tocantes á la administracion de los demas sacramentos y de otra cualquier materia que se ofreciese, como á verdadero manantial de sabiduría. Y á esto acudian, no solo la gente comun, mas tambien los oidores y letrados de la ciudad de México, y la clerecía y religiosos de todas las órdenes. Y así fueron innumerables los casos á que respondió, haciendo muchas veces tratados enteros para la respuesta de ellos. Y en todas las consultas que en su tiempo se tuvieron en la ciudad de México, y juntas de prelados, su parecer se tenia por última decision. Y así dijo un religioso muy docto de la órden de S. Augustin, á su muerte: «Pues el padre Fucher es muerto, todos podemos decir que quedamos en tinieblas.» Cuando vino á esta tierra aprendió la lengua mexicana en muy pocos dias y compuso un arte de ella, y la ejercitó confesando y predicando, aunque su principal ocupacion fué en el estudio de las letras y ciencias que habia en su juventud aprendido, en el cual era continuo y incansable, fuera del tiempo que se daba á la oracion, que no era poco, sino buena parte del dia y mucha de la noche. Fué religioso observantísimo de su regla, y muy pobre, que con ser tan profundo letrado y tan ocupado en el continuo estudio de todas facultades, no tenia otro libro de su uso sino el Derecho canónico, y este por tenerlo rubricado de su mano. Todos los demas que habia menester, los buscaba en la librería del convento donde moraba. Era obedientísimo á sus prelados y muy honesto á maravilla. Siempre fué muy amigo de todas las obras de humildad, gran seguidor del coro sin faltar jamas de maitines, donde se quedaba hasta dadas las tres. Murió santamente en México el

año de mil y quinientos y setenta y dos, y está allí enterrado. Escribió mucho y muy doctamente. Algunos de sus tratados, por falta del debido cuidado, se han desparecido y derramado por diversas partes: los que al presente se hallan, son los siguientes: *De electionibus per scrutinium celebrandis conformiter ad concilium Tridentinum. Expositiones diversorum Diplomatum pro Fratribus Indiarum in Evangelici ministerii favorem. Antidotus infirmorum, hoc est, quomodo absolvendi sint infirmi loquela privati. De judice Ecclesiastico. Manuale Prælatorum. De cognationis spiritualis tertia specie. De justa delinquentium punitione. De immunitate Ecclesiarum. Itinerarium catholicum*, y otras muchas obras bien doctas y necesarias para utilidad de esta nueva Iglesia. 1572.

Vida de Fr. Antonio de Huete.

Fr. Antonio de Huete, natural del mesmo pueblo, hijo de D. Alonso Álvarez Carrillo y de Toledo, caballero principal y señor de Cervera y de otras dos villas, estudió en su juventud los sacros cánones en la universidad de Salamanca, y fué en aquella facultad graduado doctor. Mas despreciando el mundo por Cristo, y el mayorazgo que tenia de un cuento de renta, recibió el hábito de religion del glorioso S. Gerónimo (cuyo particular devoto era) en el monesterio de Santa Marta de Zamora, y por su humildad y por no ser conocido, se quitó el nombre y apellido de su linaje, conforme á la costumbre de aquella santa órden, y de allí adelante se llamó Fr. Antonio de Huete. Despues que vivió en aquella religion algunos años con grande ejemplo de vida y costumbres, movido por la fama de la observancia y penitencia en que florecian los frailes menores de la provincia de los Ángeles en la Sierra Morena, habida primero licencia de sus prelados, tomó en aquella provincia el hábito de religion del padre S. Francisco. Mas como siempre anhelase á mayor perfeccion, plantándose á la sazon en estas Indias de la Nueva España esta misma religion, juntamente con la fe católica, por aquellos doce apostólicos varones y otros sus coadjutores en mucha observancia del santo Evangelio, religion, pobreza y penitencia, pasó acá en compañía del venerable Fr. Jacobo de Testera, el año de mil y quinientos y cuarenta y dos. No supo la lengua de los indios, y así en treinta y un años que vivió en esta tierra, siempre moró en el convento de México y fué confesor incansable de los españoles, y de todos amado y venerado por su mucha humildad, sinceridad y bondad, y demas virtudes que en él generalmente resplandecian. Y entre ellas fué mucho de notar su mortificacion y silencio, porque en ningun tiempo, aunque fuese en juntas 1542.

de religiosos que se congregaban para consolarse y solazarse en las grandes festividades, le vieron hablar ociosamente, sino solo en lo que era necesario responder con breves palabras á lo que se le preguntaba ó se ofrecia haber de cumplir en buen comedimiento. Gastaba el tiempo que le sobraba de las obras de caridad en el ejercicio de la oracion, en la cual era muy ferviente y derramaba muchas lágrimas; en tanta manera, que el lugar y asiento que tenia en el coro, dejaba continuamente regado de ellas. Era devotísimo del glorioso doctor S. Gerónimo, porque en su dia nació y recibió el hábito de su religion y la profesó, y así tambien quiso Nuestro Señor que en el mesmo dia acabase el destierro de esta presente vida, sin preceder alguna enfermedad, mas de que acabadas las vísperas el dia del arcángel S. Miguel, se fué á la enfermería con achaque de alguna indisposicion, y aquella noche pidió todos los sacramentos, y recebidos dió el ánima á su Criador cuando se acababa la misa de su particular devoto S. Gerónimo. Y como el sacerdote que la dijo publicase al pueblo su fallecimiento, acudieron todos con mucha devocion á ver su cuerpo y tomar por reliquia alguna cosa de su hábito, por haberlo tenido en opinion de hombre santo y escogido de Dios, y enterróse en el dicho convento de México.

CAPÍTULO XLVII.

Vida del excelente varon Fr. Martin Sarmiento de Hojacastro, segundo obispo de Tlascala.

Vida de Fr. Martin de Hojacastro, obispo de Tlaxcala.

Fué este excelente varon natural de Hojacastro, pueblo del Condestable de Castilla, cerca de Santo Domingo de la Calzada, hijo de padres nobles, segun el mundo, y católicos cristianos. Desde su tierna edad fué inclinado á toda virtud, y frecuentaba las iglesias y oia en ellas con toda voluntad y atencion las misas y la palabra de Dios. Y como profetizando cuán grande predicador y prelado habia de ser, cuando volvia á su casa despues del sermon, se subia en una silla y predicaba á una su hermana mayor y á otros de casa el sermon que habia oido y encomendado á la memoria. Y acabada su plática decia á su hermana que le besase la mano, porque habia de ser obispo (como tambien se lee de S. Ambrosio que hacia lo mesmo), y no lo queriendo hacer la hermana, por fuerza le ponia la mano en la boca, por lo cual muchas veces fué azotado de ella.

Creciendo en la edad, y siendo ya de quince años, tomó el hábito de religion del padre S. Francisco en el convento de S. Bernardino de la Sierra, que está cerca del pueblo llamado Fresneda, de la provincia de Búrgos. Acabado el año del noviciado estudió sus cursos de artes y teología, y en ella salió muy docto y insigne predicador. Fué ordenado sacerdote por la obediencia de sus prelados, de edad de veinte y dos años, y desde entonces hasta que vino á la Nueva España, siempre fué vicario del coro, por la mucha suficiencia que para ello tenia. Era admirable lector, diestro cantor, tañedor de órgano, y de muy clara y sonorosa voz. Sobre todo fué muy acepto á todos los religiosos por su afabilidad y santa conversacion. Estando en Valladolid oyendo segunda vez la teología, que con mucha aceptacion leia allí el doctísimo padre Fr. Juan de Gaona, partió con él y con otros santos religiosos á estas partes de la Nueva España con grande fervor de espíritu á ser obrero en la viña del Señor, año de mil y quinientos y treinta y ocho. Comenzó luego á 1538.
trabajar en ella con muy grande ejemplo y virtud, y fué compañero y secretario del comisario general Fr. Juan de Granada, y anduvo con él visitando la provincia de Michoacan á pié. Acercándose el capítulo general que se celebró en Mantua el año de mil y quinientos y cuarenta y uno, por la mucha confianza y crédito que de 1541.
Fr. Martin se tenia, lo enviaron los padres de esta provincia del Santo Evangelio al dicho capítulo con la voz del provincial, en compañía del venerable varon Fr. Jacobo de Testera, que iba tambien á aquel capítulo por discreto de la provincia; y para que si Fr. Jacobo faltase, por ser de mucha edad y enfermo, y el viaje largo, negociase Fr. Martin en su lugar por la provincia. Celebrado el capítulo, en el cual asistieron ambos, llegando á Mantua con salud, el ministro general por la mesma forma proveyó de comisario general de esta Nueva España y Perú á Fr. Jacobo de Testera, y que muriendo él dentro de los seis años de su generalato, quedase con el oficio Fr. Martin de Hojacastro. Y así fué, que vueltos á México, desde á pocos dias murió Fr. Jacobo, y quedó Fr. Martin por comisario general. Ejercitó este oficio cinco años religiosa y prudentemente, y visitó en persona las provincias del Santo Evangelio y Michuacan y las otras de la Nueva España, caminando siempre á pié. Y al Perú envió sus comisarios ó visitadores, por no poder ir en persona. Acabándosele el oficio, determinó partirse otra vez á España á dar cuenta de él delante del capítulo y ministro general, y estando en el puerto para se embarcar, se levantó una grande tem-